

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR COLEGIAL DON  
IGNACIO NARANJO ARANGO CON MOTIVO DEL  
SEGUNDO CENTENARIO DE LA CANONIZACIÓN  
DE SAN LUIS GONZAGA

*Excelentísimo señor Presidente, Excelentísimo señor  
Nuncio Apostólico, señoras, señores:*

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, madre generosa y fecunda, que brinda a sus hijos en abundancia la leche saludable de la religión, el patriotismo y la ciencia, me ha hecho el altísimo honor no merecido de representarlo en esta hermosa fiesta juvenil. Más, hé aquí, que se me ha cogido desprovisto de las armas nobles de la inteligencia y del pertrecho de los conocimientos. En mi corazón se clavó a manera de flecha, y mi espíritu agonizante bajo el enorme peso de la carga, buscaba inquieto y afanoso la causa de semejante designación. Vanos han sido mis esfuerzos, y sinceramente declaro que no la he hallado. Sólo traigo por bagaje a esta fiesta un espíritu modelado en el mármol purísimo de la moral de Cristo, y que trepida de emoción feliz al contacto del diapasón impalpable de la verdad. No esperéis de mí luminosas ideas, pulcro y fácil decir, períodos vibrantes y armoniosos. Cuando el corazón habla la lógica flaquea y las ideas brotan desordenadas. Por eso espero que seréis benévolos para conmigo.

El alma del mundo católico se ha estremecido de alborozo en estos días en que se celebra el segundo centenario de la canonización del joven inmaculado que respondió al nombre de Luis Gonzaga. Estas cosas sólo se ven en la Iglesia de Cristo. Examinad los más augustos acontecimientos de la historia humana; las más portento-

sas batallas de egregios capitanes, y decidme: ¿se ha congregado el mundo alguna vez para honrar la memoria de uno de esos héroes? El tiempo que, como dijera alguno, es un jabón de mágicos efectos, va lavando y borrando todo lo que a su paso encuentra, no arrancará jamás de la conciencia de la humanidad a los mártires y apóstoles del cristianismo. Jamás se vió cosa semejante.

Es verdaderamente maravilloso este continuo renuevo del árbol de la Iglesia Universal. En sus tupidas y olorosas ramas han fabricado sus nidos aves de todos los climas, de todos los cantos y todos los plumajes. Los vientos de la maledicencia y las tempestades de la calumnia lo han azotado violentamente, pero sus ramas nunca han sido ni serán destrozadas, y bajo su sombra benéfica se agolpan miles de millones de seres. El árbol crece y con él sus polluelos, los cuales se desparraman luégo por el mundo, para llevar la paz y la alegría, el amor y la esperanza.

Fue a mediados del siglo XVI cuando vio la luz, bajo el cristalino cielo de Italia, una paloma blanca que debía volar muy alto, deslumbrar al mundo con su pureza y dejar el ambiente impregnado de exquisito aroma. De nobilísima ascendencia y rodeado de halagos y de honores, nuestro aristocrático joven renuncia a todos ellos, y ensaya sus todavía débiles alas para volar al árbol de la Cruz. Atraído por la fuerza irresistible del amor divino, éntra en el noviciado de los Hijos de Loyola, de estos Hijos de Loyola que por doquiera dejan un reguero luminoso de fe, de bién y sabiduría. Y hubiera llegado a ser insigne teólogo, según dicen personas autorizadas, pues poseía talento clarísimo, si la muerte no lo coge en la primavera de su vida. A los 23 años dejó este mundo, después de haber vivido tiempo suficiente para merecer la santidad. El Pontífice que para gloria de la catolicidad dirige hoy sus destinos, en Letras recientes dirigidas al

reverendísimo Padre General de la Compañía de Jesús, dice acerca del Santo: «La singular inteligencia y agudeza de ingenio de este inocentísimo joven que, con el alma libre de toda perturbación vivía continuamente entregado a la contemplación de la verdad y la justicia, se echa de ver ya por el curso de sus estudios llevados a cabo con mucha loa, ya por las disputas públicas de filosofía, que sostuvo con universal agrado y alabanza, ya también por sus escritos (Cartas principalmente), que aunque no son muchos, sobresalen por el conocimiento y discreción de los asuntos, no comunes en su edad de adolescente».

Pero muy bien comprendo que mis maculados labios no son los llamados a hacer la apología del Bienaventurado. No osarán, por tanto, profanar su memoria. Su vida no es bien familiar y en extremo atrayente y cariñosa. Cuando apenas balucíamos las primeras palabras, nuestras madres nos sentaron sobre sus rodillas, y nos señalaron con manos blancas y finas, manos de madre, la estampa del joven santo que se encontraba a la cabecera de la cama; o nos llevaron en medio de sonrisas y de besos al oratorio silencioso y viejo de la casa paterna, y nos mostraron piadosamente la estatuita de yeso de San Luis. ¿Y quién de nosotros no ha comulgado en su honor? Y nuestra primera comunión, el más puro deleite de la vida, ¿acaso no la hicimos el veintiuno de junio, rodeados de flores, cintas y cirios blanquísimos, claros reflejos del alma blanca, más blanca aún que la blancura misma? Por eso, cuando surge en nuestra memoria el recuerdo de la primera comunión, se levanta a su lado llena de delicadeza y dulzura la figura de Luis Gonzaga.

Qué bien cae esta fiesta en los actuales momentos de vacilación y escepticismo! Hoy, cuando el abuso de los placeres debilita los espíritus y torna crueles y misera-

bles a los hombres; cuando éstos olvidan que sólo existe una moral pura y eterna, pretendiendo que ella es un convencionalismo, y que a medida que los tiempos cambian también la moral se muda; cuando ciertas legislaciones hacen tabla rasa de la ley natural, reflejo de la eterna, y quieren imponer las leyes aunque sean irracionales, hoy, digo, la profesión de la fe católica se impone.

Y corresponde especialmente a la juventud. Es ella la piedra más preciosa del collar de la Patria; la suerte futura de la República le está encomendada; la formación de los nuevos hogares, base de la sociedad. Esos tiernos arbustos que surgen a la vida, deben, para que crezcan rectos y lozanos, estar regados por el agua clara que se desprende de la catarata de la Fuente Suprema. En una palabra, toca a la juventud modelar el alma nacional, no en burda madera ni en mísero lienzo, sino en la roca inmovible de la justicia y el deber. Eduquémonos primero porque la educación es la base de nuestra vida. No podemos negar que es ella uno de los problemas más difíciles que existen; que tiene raíces profundísimas y que influyen en su formación múltiples causas ajenas a nuestro querer, pero eso no quita el que pongamos todos los medios que a nuestro alcance estén para dirigirla por el camino recto. Y si logramos tallar artísticamente esa ánfora preciosa, podremos regocijarnos, pues ya están echadas las bases de nuestra personalidad. Y así como el agua toma la forma de la vasija que la encierra, así también nuestros conocimientos se amoldarán al vaso diamantino de nuestra educación. Mas, acontece que los hombres solemos, por una natural exigencia del espíritu, mirar al pasado para deleitarnos con el recuerdo de lo que fuimos, y también entregarnos a soñar en los días que vendrán y en lo que podemos llegar a ser, sin mirar el presente, es decir, lo que somos. Está muy bien que tal cosa hagamos, pero siempre y cuando que nos repleguemos sobre

nosotros mismos para ver nuestras debilidades y defectos. Somos como esos espectadores que miran atrás y adelante sin bajar los ojos para darse cuenta del sitio en que se hallan. Caben aquí las palabras de un célebre escritor: «No hay nada más fecundo que la ignorancia consciente de sí misma». ¿No es verdad, que es dar un paso hacia adelante cuando nos damos cuenta de nuestra ignorancia? Y la más grave es la religiosa. Estudiemos a tarde y a mañana esta hermosa religión nuestra, tan profunda y compleja y a la vez tan sencilla, porque es imposible contener esa fuerza avasalladora que ineludiblemente penetra en los dominios de la actividad humana. Evitemos ese diletantismo malsano que nos invade; ese querer saber de todo un poco sin llegar a adquirir base segura; desechemos el mísero reptil del respeto humano; vivamos de ideas, luchemos por ellas y muramos por ellas. Por que siempre se ha dicho que cuando éstas faltan, la oscuridad impera, el equilibrio se pierde y se termina en el abismo. Unamos en abrazo ardoroso la ciencia con la fe, levátemos la frente, empuñemos el estandarte de la verdadera civilización, y con serena sonrisa en los labios emprendamos la marcha hacia el futuro.

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario se une fervorosamente al grito unánime y clamoroso que se extiende por el mundo para honrar la memoria del Ángel de la Juventud.

He dicho.

IGNACIO NARANJO ARANGO

